



EL SEÑOR

DON ADOLFO DE MERLO Y MERLO

Ha fallecido en Madrid el día 29 de Abril de 1936

D. E. P.

Sus hermanos, doña Concepción y don Isaac; hermanos políticos, doña Luisa Calero y don Ricardo López; sobrinos, Ricardo, Luis Gabriel, Concepción y Tomás López Merlo; Luis, Tomás, Carmen y Amalia Merlo Calero; tíos, tíos políticos, primos, primos políticos y demás parientes

Suplican a sus numerosas amistades una oración por su alma. La fecha del funeral, que se celebrará en Madrid, y misas en Valdepeñas, se indicarán en los recordatorios que oportunamente recibirán sus amistades.

LO QUE PASA EN BARCELONA

¡Ay, si fuera verdad...!

Mi desayuno, naturalmente, es la Prensa de la mañana; la escrita en catalán y la otra. Así, inicia uno el día enterándose de lo que pasa en el mundo —sí, de impaciencia, no se dejó «destripar» por la Radio las informaciones—, y se encuentra, además, con alguna que otra más o menos relativa sorpresa: un verbo nuevo, una audaz modalidad sintáctica...

La sorpresa de hoy no ha sido de forma, y me la ha dado «La Humanita», el diario más afecto a la situación gobernante en Cataluña. Se trata de una crónica emplazada en el lugar habitualmente reservado al artículo de fondo, que ha transmitido desde Sevilla, por teléfono, el señor Massip, director del periódico y diputado a Cortes, que acompaña a don Luis Companys en su excursión a Andalucía, con el Presidente de la República.

Llevo los suficientes años haciendo periódicos, para poderme preciar de conocer los clásicos. Yo sé la crónica que debe hacerse en la madrugada lívida en que a un ciudadano se le va a dar garrote vil; y la que se escribe desde el pueblo inundado por la crecida del hasta entonces pacífico río; y la de las maniobras navales; y la de la Feria de Sevilla, que puede ser «simple» o «compuesta», según que a los festejos acuda o no el Jefe del Estado.

En otros tiempos, el Jefe del Estado y su esposa, solían asistir a la Feria de Sevilla, a las casetas de cuyo «real» no eran remisos en acudir para presenciar baile de «sevillanas» y

vaciarse baterías de cañas de la rubia manzanilla, cuando no paseaban a caballo, muy puestos de traje «corto» y ancho sombrero.

Los cronistas, año tras año, desempolvaban la crónica de circunstancias, en la que se hablaba, inevitablemente, de la guitarra, las castañuelas, los ojos negros de las mozas asaeando tras el misterio brujo de las rejas del barrio de Santa Cruz, y otras lindezas por el estilo.

En Cataluña, nos refamos bastante de estas cosas, que no en balde se tiene por acá fama de gente poco dada al flamenquismo, al tipismo y a la pandereta. Pero las cosas han variado tanto —y de ahí mi gran sorpresa de la jornada—, que hoy, el que podríamos llamar, y le llamaríamos bien, órgano oficioso de la Generalidad, echa mano de la vieja crónica, con todos sus tópicos, con todos sus lugares comunes, con todas sus frases hechas, y nos la coloca nada menos que como artículo de fondo.

Yo, la verdad, me alegro. Me satisface hasta lo más hondo del alma, que el representante de Cataluña haya sido vitoreado en Sevilla, y que el cronista de la excursión cante la romanza, tan sabida, pero tan grata, de la Feria Sevillana. Seguidillas, guitarras, chatos de manzanilla, caballistas... España no es sólo eso, claro; pero España es también eso, y cantarlo es cantar a España.

Muchas veces he dicho antes de ahora, que el meollo del pleito hispano-catalán, radica en ese gran do-

lor del mutuo desconocimiento. Cataluña —dije—, no ama a España porque no la conoce.

Con el viaje de don Luis Companys a Sevilla, se ha conseguido, por lo menos, que la pandereta sevillana sea objeto de un homenaje de simpatía, precisamente en aquellos lugares que más la desdijeron, que más se rieron de ella, con superioridad burlona. Otras tierras de España esperan a Companys, esperan a Cataluña.

Voy a repetirlo: Sevilla es España, pero España no es sólo Sevilla —ni siquiera sólo la Feria es Sevilla—, y nada de lo español resulta odioso. Pero hay que conocerlo, hay que visitarlo; en día excepcional de fiesta, o en una jornada cotidiana, de trabajo.

La rica Castilla mía, tan ignorada, tan calumniada —¡mi Soria pural—, espera también a los hermanos catalanes. Vayan, vayan con sus poetas y con sus cronistas, a escuchar y a registrar la canción del padre Dueño, fertilizante, en la maravilla de los campos en primavera. Y verán cómo ni la tierra ni el alma de Castilla, son el páramo que enseñaron a ver desde aquí treinta años de catalanismo... sedentario.

El viaje y, sobre todo, la crónica del viaje a Sevilla del Presidente de la Generalidad de Cataluña, parece iniciar una nueva era de acercamiento hispano-catalán.

Domingo de FUENMAYOR

Barcelona, abril, 1936.

Este número ha sido
Visado por la Censura

VERSOS DE MUJERES

A UN VIVIR

Tu esfuerzo sin igual no te dió gloria,
tu desvelo tampoco te premió:
y un vivir sin alientos es el tuyo,
un vivir sin razón.

A la existencia, dime ¿qué le debes?
¡No te dió paz ni amor!
La más hiriente espina del sendero
tus pasos alcanzó,
y a lo olvidado y triste de tus horas
nególes la amistad su tibio sol.

¿Quién, cuéntame, a tu lado y con ternura,
lealmente, te miró?

Te abrumba, lo sé, el tedio de los días;
¡su peso es a tus fuerzas superior!
Cuéntanlo el desencanto de tus ojos,
la concentrada pena de tu voz...

Tal una sombra, ausente de tí mismo,
vive muerta la fe del corazón.

Náufrago irredimible:
¡a qué mar qué desgracia te botó
llevando tú en tu frente luz de ciencia
y en tu pecho sin hiel savia de amor;
a qué cárcel oscura,
siendo digno de prez y de blasón!

De tus bondades sin piedad, la vida
cuelmente se burló.

¿Dónde encontraste una vez sola, dime,
la lealtad o el favor?

Es un vivir el tuyo
sin justificación.
La voz de la traición te ha respondido
cuando al templo has llamado del amor,
y si el destino injusto
tu esfuerzo eliminó
negando a tus desvelos
recompensa y honor,
si no dá a tus afanes soberanos
premio ni galardón,
a la existencia, entonces ¿qué le debes?
¡¡amargura y rencor!!

Dolores Marín

DE MI BLOC-NOTAS

SIN OPCION A PREMIO

Déjenme ustedes, que con ello no hago daño a nadie, con la ilusión de que este artículo, aunque aparezca después del «Día del Libro», no resulta «extemporáneo». La lectura es, o debe ser, de actualidad permanente.

Además, si estas cuartillas hubieran aparecido antes del susodicho «Día», me habría entendido privado de la autoridad necesaria para proclamar el absoluto desinterés que me llevó a escribirlo, pues ya es sabido cómo, de marzo a abril, le entra a la gente de letras una fiebre alta por propagar la acción benéfica de la lectura, al olorillo de las sendas mil pesetas que las «Cámaras del Libro», de Madrid y Barcelona, señalan para premio al trabajo periodístico que mejor la propague.

Tantos son los propagandistas, y tan meritorios sus escritos, que los premios han de subdividirse; y, de esta forma, hay autor al que se le dan cinco duritos por haberse vestido de «hombre-sandwich» y, desde luego, se queda tan contento. Menos da una piedra, que dijo el filósofo.

¿Reproche para los escritores? No. Pero entiendo que los escritores deben servir gratis a la causa del Libro, o hacerse pagar muy bien, cuando la sirvan por dinero. El talento —y esto ya no sé si también lo diría el filósofo—, o se dá, o se vende muy caro.

¿Reproche para las «Cámaras del Libro»? Tampoco. Han encontrado un sistema económico de publicidad y hacen bien en aprovecharlo, mientras las Administraciones de los periódicos, benditas de Dios, lo consentan.